

doña Isabel de Saavedra, con quien estaba entonces desavenido, por causa de su yerno Molina.

Llegados los sesenta y tres años, el horizonte iba cerrándosele á Miguel. Casi no le quedaban amores en el corazón; casi no le quedaban esperanzas. Las comedias y las *Novelas ejemplares* y hasta el mismo *Quijote* dormían á ratos: tal vez meses enteros iban cubriendo de polvo sus hojas.

A últimos de 1610, Miguel y doña Catalina se trasladaron á Esquivias. Al divisar las lomas del lugar de su mujer, Miguel sentía el corazón amargo como las verdes aceitunas nuevas que en los olivares comenzaban á engordar: amargo como las verdes retamas que se erguían en las laderas.

CAPÍTULO LI

MIGUEL EN ESQUIVIAS.—LAS NOVELAS EJEMPLARES.
LA ACADEMIA DE PASTRANA.—BODAS REALES

Desde el huerto de los Perales al majuelo del camino de Se-seña, paseaba Miguel sus sesenta y cuatro años, sin que las desilusiones minasen su eterno buen humor. Algunos achaques del corazón gastado le decían que la vejez estaba allí en su compañía, pero cierto que no con sus naturales pensiones de avinagramiento y desigualdad del carácter. Viviendo en Esquivias al amparo y con las rentas que satisfacía Francisco de Palacios, el buen clérigo que ya tenía por cosa propia los bienes de doña Catalina, y sin más conversación ni sociedad que la de los Ugenas y la de los Quijadas, amigos y parientes de la familia, no se amilanó ni se achicó el ánimo de Cervantes. Como era ante todo hombre, antes que literato, no experimentó entonces ni nunca el mal de la literatura, esa especie de diátesis ó vicio de la sangre que mueve á muchos escritores á vivir entre escritores solamente y á no interesarse en otros asuntos que no sean de versos, novelas ó dramas y á aburrirse y hastiarse con la conversación de los que ellos llaman hombres vulgares: ni participaba del *odio al burgués*, que hoy suele aquejar á cuantos tienen pluma ó pincel entre las manos.

Rebelde era el espíritu de Cervantes para las grandes injusticias del mundo, para aquellas que hacen garra y tienen raíz en lo más hondo de la naturaleza humana, nunca para las pequeñas desigualdades ó los menudos inconvenientes de la sociedad constituida. Don Quijote pelea con gigantes, no con gente villana y

de humilde ralea. Don Quijote es rebelde contra la injusticia, el desafuero y la soberbia que oprimen á la humanidad, y en este concepto, no sólo es revolucionario, sino anarquista en el excelente sentido de esta palabra, pues desea que nunca prevalezca la maldad y que los hombres vuelvan á las dulzuras y bienandanzas de la edad de oro, por él mejor y más elocuentemente pintada que todas las utopías, Ciudades del Sol y Sociedades futuras por los grandes soñadores antiguos y modernos forjadas: pero, en cuanto á la marcha externa y actual de la vida, es Don Quijote conservador y amigo de que no se corte, sino lo corrompido, ni se altere ó derogue, sino lo mal usado. Por eso Cervantes, aunque víctima de la mezquindad y pequeñez de alma de su cuñado y de sus convecinos, vivía contento con ellos, atendía benévolo á sus cortas y simples razones y entre ellos encontraba siempre algo aprovechable.

“No es malo ser poeta—pensaba y ponía en boca del paje de *La gitanilla*—pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre”, y pensándolo así, consolábase Miguel en sus paseos solitarios por la campiña toledana, solo con su poesía, porque esta “bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda y retirada... es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran,” y si “parece que es pobrísima y tiene algo de mendiga,” y es certísimo que “no hay poeta que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene,” como Cervantes podía acreditar con el ejemplo de su vida, también es verdad que “no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos”. Así, cuando más apurado y pobre se veía, siempre pensaba Miguel como la gentil Preciosa: “Tengo yo un cierto espirítulo fantástico acá dentro que á grandes cosas me lleva,” y cuando algunos de sus convecinos, hombres para quienes el mundo se contenía en los linderos de este olivar ó de aquella loma y podía recorrerse y ararse todo con una besana larga, pensaban ser más expertos y

avisados que él, Miguel meditaba y reía á sus solas, como quien ha visto mucho, mucho y sabe que “no tiene otra cosa buena el mundo sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engaña nadie sino por su propia ignorancia,” como decía el dolido Ricardo en *El amante liberal*, y no ignora que “las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos,” como argüía el licenciado Vidriera.

Con todo esto, dormía mucho y bien, siguiendo el consejo del mismo licenciado para remediar ó evitar el mal de la envidia. “Duerme—pensaba—que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidies,” y no dejaba de darse sus atracones de lectura ni de consagrar tiempo á la meditación piadosa, porque creía, como los padres de Leocadia, en *La fuerza de la sangre* que “sobre la sabiduría y la virtud no tienen jurisdicción los ladrones ni lo que llaman fortuna”. No se le daba gran cosa de su pobreza además, porque siempre recordaba que la mayor cantidad de dinero que en sus manos hubo no era suya y por habérsela entregado torpemente al tal Simón Freyre de Lima, le había valido más disgustos, cárcel, procesos y declaraciones que todas sus estrecheces y miserias, pero al propio tiempo no dejaba de pensar que las desazones á esta última causa debidas eran en él perdurable usufructo por sus días y así reflexionaba, como *el celoso extremeño* que “tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar de ella como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro y cuidados la falta dél, pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza,” y aun cuando en ratos de mal humor juzgaba que los dichos y pensares de los pobres no tienen eco ni utilidad, porque el sabio perro Cipión dijo que “nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido,” y que “la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la oscurecen y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio,” y su coloquante el perro Berganza certificó “que al desdichado, las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra,” acogiase al prudente re-

medio de su filosofía sin dar gritos, hacer aspavientos ni proferir quejas, escribiendo aquello de que "cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas que suele en su mayor rigor servir de alivio". Con estas y otras reflexiones que iba intercalando en el texto de las *Novelas ejemplares* templaba el desabrimiento y la inseguridad de su situación, si por acaso estas eran cosas que le acongojasen de veras.

Si al componer la primera parte del *Quijote*, conocía él que estaba haciendo un libro inmortal, *único y sólo*, al aderezar y rehogar las *Novelas ejemplares*, ya compuestas en fechas y ocasiones distintas, bien se le alcanzaba que estas narraciones habrían de entretener al mundo entero, y al mismo tiempo no dejaba de pensar en la tercera salida del caballero de los Leones, ni de imaginar á cuánto estaba obligado su ingenio para que la segunda parte respondiese ó sobrepusiese á la primera y al valor y mérito de las *Novelas ejemplares*.

Apaciguados los sinsabores domésticos, aceptada por Cervantes con singular grandeza de alma la situación en que la familia de su mujer le había colocado, como si un hombre insignificante y para poco fuera, aún hubo necesidad de que á principios de 1612 firmase doña Catalina otro nuevo documento, repitiendo la partición de bienes hecha y cediendo ó regalando á su hermano Francisco de Palacios la mejora del tercio y quinto que á ella le pertenecía, en atención á que el astuto clérigo había pagado los censos y obras de dichos bienes. Y para mayor irrisión, en esta escritura aparece una vez más hipotecado al cumplimiento de ella el pequeño majuelo del camino de Seseña (cuatro aranzadas y media, es decir, poco más de mil cepas y hasta un centenar de olivas) único bien que en caso de morir doña Catalina había de tocar á Cervantes. ¿Era este el amor entrañable y solícito, era esta la ternura y blandura de corazón que algunos biógrafos ponderan en la mujer del grande hombre?

En estas cavilaciones pasó todo el año de 1611. Durante él, la desavenencia de Cervantes con su yerno Luis de Molina, cre-

ció considerablemente. En 17 de Septiembre, Luis de Molina, que había regañado con el secretario Juan de Urbina por ciertos negocios mal proyectados por el uno y peor realizados por el otro, pidió ante el juez ó alcalde Ramírez Farifias que Cervantes y Urbina hiciesen efectivos los dos mil ducados ofrecidos en las capitulaciones matrimoniales de doña Isabel de Saavedra. En 29 de Noviembre, el generoso Juan de Urbina pagó la mayor parte de la cantidad, esto es, diecinueve mil reales, á las veinticuatro horas de ordenada la ejecución judicial, y Molina se dió por satisfecho y pagado de ellos y de los tres mil reales que restaban. Claro está que Urbina pagó esta cantidad de su bolsillo, pues no hay que pensar á Cervantes en disposición de hacerlo. El compromiso moral creado por este noble proceder de su amigo Juan de Urbina, obligó á Cervantes á buscar medio de remunerarle ó resarcirle en alguna manera de tan importante sacrificio pecuniario.

Vino Miguel á Madrid, volvió á frecuentar las librerías, á buscar la compañía y trato de los escritores famosos. Había conocido años antes, cuando vivía en la calle de la Magdalena, á dos caballeros mozos, muy gentiles poetas y valientes soldados, que se llamaban Don Diego y Don Francisco de Silva y pertenecían á la casa de Pastrana, siendo, por tanto, vecinos de Cervantes. Del Don Francisco dijo en el *Viaje del Parnaso*:

Este gran caballero que se inclina
á la lección de los poetas buenos
y al sacro monte con su luz camina
Don Francisco de Silva es, por lo menos,
¿qué será por lo más? ¡Oh, edad madura
en verdes años de cordura llenos...

Fundó este gentilhomme en el propio palacio de Pastrana una Academia llamada *Selvaje*, á la cual asistían los más floridos ingenios de España. Otras Academias, cenáculos y parnasillos habría en la Corte, pero ninguna tan lucida como la de la casa de Pastrana. En ella, como en todas partes, llevaba la voz y no admitía réplicas ni rivales un académico, mejor sería decir, un hombre torrential é impetuoso que todo lo dominaba: Lope de Vega Carpio.

Sucedió que por casualidad ó adrede se encontrara Cervantes con su amigo D. Francisco de Silva, y éste le invitó á que asistiese á algunas reuniones de su Academia. Allá fué, con sus achaques y sus desengaños Miguel y presencié las disputas literarias que enzarzadas solían parar en gresca y tremolina. El 2 de Marzo de 1612, escribía Lope de Vega al duque de Sessa: "Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos lizenziados: yo leí unos versos con unos antojos del Zervantes que parecían huevos estrellados mal hechos..." En estas cortas frases no es necesario ser muy suspicaz para ver claramente que si Lope se había reconciliado con Miguel no le apreciaba nada. *El Zervantes* seguía no siendo santo de su devoción. Quizá había leído Cervantes algunas de las *Novelas ejemplares* en la Academia de Pastrana: quizá había hablado una vez más de sus comedias. Lope era absoluto, único, como casi todos los hombres de genio. Podía conceder que Cervantes tuviese un gran talento, que fuese un poeta más versado en desdichas que en versos, pero no toleraba, no aguantaba que pudiese hacerle sombra un día ú otro y no se ha de creer que otros chicos y cicateros motivos impulsaban á Lope, á quien aún no habían tocado en el alma las primeras chispas del arrepentimiento humano, leña que alzó muy fuerte y súbita llama y que muy pronto se consumió. No: Lope era sólo, por su estilo y en su manera. Lope era el monstruo de la Naturaleza. Lope gozaba de la popularidad que él mismo había despertado, Lope había sacudido, agitado y hecho saltar muchos miles de corazones, y ejercía el mero y mixto imperio en los nervios de todas las mujeres de España. Privilegios son estos que no se comparten. No, si no proponedle á un emperador ó á un rey que entreguen á otro la mitad de su corona y de su poderío, aunque crean y sepan que vale más que ellos. El odio de Góngora y su enemistad podían irse bandeando y trampeando con cuatro letrillas, sonetos y migajas de conversaciones epigramáticas. El crecimiento de la personalidad de Cervantes, cuyo nombre y cuyo pensar más lentamente, pero con mucha más seguridad y profundidad que el de Lope en sus obras dramáticas y líricas, iban conquistando el ánimo del público y no de este ó de aquel, sino

de todos, grandes y chicos, no era un hecho despreciable para Lope.

No volvió éste á decir mala palabra de Cervantes, sino que le elogió cuanto pudo, con urbanidad pero sin entusiasmo. La ojeriza que le tuvo cuando joven se había cambiado en simple prevención muy justificada. Mirémoslo hoy desapasionadamente y aún nos parecerá caso increíble que dos hombres tan grandes viviesen al mismo tiempo como que dos soles al par alumbrasen á la tierra: y aún creeríamos esto y veríamos á los dos soles frente á frente, pero lo que no cabe en los términos de lo humano es que no tuviesen celos uno de otro.

Si no los hubiesen tenido Cervantes de Lope y Lope de Cervantes, hubieran dejado de ser hombres y no siendo hombres, siendo solamente literatos ó poetas, ya los habríamos olvidado, como empezamos á olvidar á Góngora, á pesar de ser, como poeta, el más grande, el más fino, el que más variedades arcanas de belleza ha revelado, el que ha logrado estimular mayor número de sensaciones, el que más ha enriquecido el diccionario y la sintáxis, el más obscuro cuando quiere y el más claro cuando se le antoja. Por hombres, no por poetas, se salvan del olvido y en los siglos descuellan Cervantes y Lope y de hombres es el odio pasión fecunda, bien mirado, más fecunda que el amor para la producción intelectual. La agridulce referencia de Lope *al Zervantes* muestra con toda claridad lo que hoy día llamamos un estado de alma respecto de Miguel: y asimismo prueba cuánto había crecido la consideración de que éste gozaba.

En tanto Cervantes trataba con Francisco de Robles la venta de las *Novelas ejemplares* y cuidaba de su impresión y corrección, nuevos y grandes sucesos agitaban á la corte, y antes que en ninguna parte eran conocidos en el palacio de Pastrana, como que el jefe de la casa, el príncipe de Mélito, duque de Pastrana y de Francavilla estaba encargado nada ménos que de trasladarse á París, para acordar y ajustar el casamiento del príncipe heredero D. Felipe, después Felipe IV, con la princesa Isabel de Borbón, hija mayor del difunto Rey de Francia Enrique IV y de su mujer la reina María de Médicis. Al propio tiempo llegaba á Madrid el

duque de Mayenne ó de *Umena*, como le llamaron los madrileños, con granada comitiva, para ajustar asimismo la boda de la princesa primogénita de Felipe III, doña Ana de Austria con el nuevo Rey de Francia, Luis XIII. El 20 de Agosto se firmaron simultáneamente en París y en Madrid las estipulaciones de ambos matrimonios.

Grande fué la alegría en Francia y en España, no chicos los recelos en Inglaterra. Desde entonces arrancan las poco provechosas simpatías de los españoles para los franceses como de bastantes años antes el funesto odio á Inglaterra. No fué posible entenderse con Francia en los tiempos de aquel gran Rey Enrique IV, que siempre olía un poco á azufre, y este tufillo no lo podían soportar las escurialenses narices: ni Enrique IV veía con buenos ojos á un Rey y á una nación que habían expulsado cruelmente, rápidamente, radicalmente, brutalmente á los moriscos, como gustan de realizar las malas ideas los gobernantes españoles, á quienes siempre complació más un momento de arbitrariedad popular que diez años de buenas, pequeñas, lentas y útiles reformas.

Pero, muerto Enrique IV, y reemplazado su olor de azufre diabólico por el santo olor á cirio y á incienso que el apocado, beato y gurrumino Luis XIII se complacía en olfatear tanto como el gurrumino, beato y apocado Felipe III, no hubo dificultades para que España y Francia se entendieran. Francia comenzaba á copiarle á España su literatura y su gobierno. Las ficciones de nuestros novelistas y dramaturgos eran aderezadas y servidas con la picante salsa francesa para regalar los paladares de damas y caballeros de Luis XIII: imitaba este monarca también á nuestra corte en sus peores usos. Enrique IV no había tenido favorito, como no lo tuvo nuestro Felipe II. Luis XIII tuvo favoritos, como los tuvo Felipe III. El concepto y la práctica del régimen monárquico y aristocrático iban transformándose en Francia como en nuestro país.

De todos los preparativos, fiestas y regocijos motivados por la amistad entre españoles y franceses, ninguno impresionó tanto á Cervantes, como la noticia que tuvo por relación en prosa que

imprimió un D. Juan de Oquina, del magnífico torneo celebrado en Nápoles el 17 de Abril, y cuyo cartel firmaban como mantenedores *los caballeros del Palacio encantado de Atlante de Carena*, que eran, el primero el conde de Villamediana, D. Juan de Tasis,

este varón en liberal notable,
que una mediana villa le hace conde
siendo rey en sus obras admirable
este que sus haberes nunca esconde,
pues siempre los reparte ó los derrama
ya sepa adonde ó ya no sepa adonde,
este á quien tiene en tan en fil la fama
puesta la alteza de su nombre claro
que liberal y pródigo le llama...

El segundo,

... el mancebo generoso
que allí descende de encarnado y plata,
sobre todo mortal curso brioso,
es el conde de Lemos, que dilata
su fama con sus obras por el mundo
y que lleguen al cielo en tierra trata...
El duque de Nocera, luz y guía
del arte militar es el tercero
mantenedor deste festivo día.
El cuarto, que pudiera ser primero
es de San Telmo el fuerte castellano,
que al mismo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Eneas el troyano,
Arrociolo que gana, en ser valiente
al que fué verdadero por la mano...

Aunque se equivocara Cervantes, como el diligente Benedetto Croce ha demostrado y confundiera al duque de Nocera con el caballero calabrés Donato Antonio di Loffrado, duque della Nocera y á un Arrociolo con D. Troyano Caracciolo, por ser éstos dos jóvenes italianos á quienes no conocía, bien claro da á entender cómo se le hizo la boca agua, al oír contar ó leer la caballeresca función, el teatro y máquina que á costa del noble don

Juan de Tasis trazó el Arquitecto é Ingeniero mayor del Reino de Nápoles Julio César Fontana, ahijado del célebre Dominico, y cuyas obras de maquinaria escénica se admiraron diez años más tarde en los jardines de Aranjuez.

Era un monte alto de sesenta palmos, hórrido y alpestre, en cuya cumbre se alzaba el palacio del mago Atlante en la misma forma y hechura en que lo describe Ariosto en el *Orlando*, y en él se veían selvas espesísimas y cavernas hondas... Pelearon como buenos los caballeros, y la fiesta se completó con otras muchas de comedia y farsa, de las que ordinariamente se celebraban en el palacio del Virrey, y en las que, según cuenta el *desengañado* Diego Duque de Estrada, tomaban parte los individuos de la *Academia de los Ociosos*, por el conde de Lemos establecida para que nada faltase en su palacio, sin que se desdeñara el gordo rector Bartolomé Leonardo de vestirse ridículos atavíos femeniles y de hacer bufas contorsiones para risa de damas y caballeros: cosa, ¡nótese bien! á que no quiso llegar aquel buen Pedro Pérez, el cura del *Quijote*, alegre y desenfadado como el que más, pero harto digno para no arrepentirse en cuanto una vez se le vino á las mientes vestirse faldas, aun cuando era con el laudable propósito de desengañar á Don Quijote. Ya sabían, ya sabían lisonjear y ser cortesanos *los Lupercios*, tan rígidos censores de los vicios de su época, y bien se vé, que si Cervantes hubiese ido á Nápoles con el conde de Lemos, los Lupercios le habrían puesto de lado ó le habrían reembarcado para España.

A estos pensamientos y á estas dulces remembranzas de la amada Nápoles, venían á juntarse en el ánimo de Miguel las noticias de que el conde iba á publicar ó había publicado á sus expensas multitud de libros originales de escritores cortesanos suyos, entre ellos la nueva traducción de Tansilo *Lágrimas de San Pedro*, por Fray Damián Alvarez, el *Tratado de la Música theórica y práctica*, de Pedro Cerón y la curiosísima obra *Varias aplicaciones y transformaciones*, por el alférez D. Diego de Rosell y Fuenllana, en elogio del cual compuso Cervantes dos sonetos.

El pensamiento de Miguel vagaba de Madrid á Nápoles. El

rojo incendio de la inmortal ciudad al ponerse el sol todas las tardes se le antojaba al viejo autor que aún le relucía en sus ojos cansados de présbita. Y con aquella luz en las pupilas ó en la mente escribió esa breve obra maestra que se llama el prólogo de las *Novelas ejemplares*, donde legó á la inmortalidad su retrato, diciendo: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies: este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra..."